

ESCENA III

La ronquera del cisne

(Calisto de pie, sobre el muro, se dirige a Melibea en el silencio de la noche. La joven, que permanece abajo, en el jardín, mira sorprendida a todos lados.)

CALISTO: Me ha conquistado la dulzura de tu suave canto, pero ya no puedo seguir soportando tu triste espera. ¡Oh, mi señora y mi bien todo! ¡No hay mujer en el mundo que se te pueda comparar! ¡Oh, asombrosa melodía; oh, qué gozoso rato! ¡Ay, corazón mío, ¿cómo has podido aguantar tanto tiempo sin interrumpir tu gozo y demorando lo que tanto deseamos los dos?

MELIBEA: *(Mirando hacia lo alto del muro.)* ¡Oh, qué dulce sobresalto y qué gusto sentirme espiada por tal caballero! ¿Eres tú mi señor y mi alma? ¿Eres tú? No lo puedo creer. ¿Dónde estabas, luciente sol? ¿Dónde me tenías escondida tu claridad? ¿Cuánto tiempo llevabas escuchando? ¿Por qué has permitido que yo lanzara al aire palabras sin sentido con mi ronca voz de cisne?⁸ Cuando tú llegas, todo se vuelve gozo en este huerto. Mira qué clara se nos muestra la luna. Mira cómo huyen las nubes. *(Calisto se descuelga⁹ por el muro hasta pisar el jardín.)* Oye cómo el agua de esta fuentecilla corre entre las frescas hierbas con susurros y murmullos más suaves que nunca. Escucha cómo rozan sus ramas los altos cipreses, meneadas por el vientecillo cálido de la noche. Mira cómo se juntan sus oscuras e

8. La voz ronca del cisne tiene un doble simbolismo: el sexo y la muerte. Por un lado, el nombre de Melibea significa ‘voz melodiosa, clara’, la voz de la pureza, pero se ha transformado en una voz ronca, que simboliza el deseo sexual explícito en la canción. Por otro lado, Melibea canta como el cisne antes de morir (véase pág. 375 del estudio de la obra).
9. Calisto necesita una escalera para subir el alto muro. Pero desciende por dentro sin mucha dificultad. Esto hace pensar que la casa tiene un pronunciado desnivel respecto a la calle, lo cual permite al joven descolgarse por el muro y luego saltar al jardín con ciertas garantías de no hacerse daño.



inmóviles sombras para encubrir nuestro amor. (*Melibea se muestra celosa, al ver que Lucrecia manosea a Calisto, mientras le ayuda a despojarse de su armadura.*) Lucrecia, ¿qué te está pasando, amiga? ¿Acaso el placer te ha vuelto loca? Déjame tranquilo. No me lo despedaces. No lo sobes tanto con tus pegajosos abrazos. Déjame gozar de lo que es mío. No me robes mi placer.

CALISTO: Señora, gloria mía, si de verdad me quieres, sigue con tu dulce canto. No vaya a ser que la alegría de mi presencia logre lo que ni el dolor de mi ausencia ha podido conseguir: apagar tus labios. (*Pone su capa sobre la hierba y ambos se tienden.*)

MELIBEA: ¿Pero qué quieres que te cante, amor mío? ¿Cómo voy a cantar si era el deseo de tenerte lo que hacía sonar tan armónicamente mi garganta? Ahora que ya estás a mi lado, ese deseo ha desaparecido y mi voz se ha desafinado. (*Se muestra incómoda cuando Calisto intenta despojarla de la ropa.*) Y tú, señor, que eres un modelo de cortesía y buena crianza, ¿cómo es que mandas hablar a mi lengua y no les dices a tus manos que se estén quietas? Olvida ya tu habilidad y ordénales que se serenen, que no soporto este manoseo insufrible. Mira, ángel mío, que, de la misma forma que me agrada la pureza de tu mirada, me irrita el trato obsceno que me estás dando. Los juegos amorosos, si son honestos, me llenan de placer; pero tus atrevidas manos me cansan cuando se pasan de la raya. ¡Deja ya mi ropa en su sitio! Bien está que quieras comprobar si mi vestido es de seda o de lana, pero ¿para qué me estás tocando la camisa, si ya se sabe que es de hilo? Podemos divertirnos y disfrutar de otras mil maneras que yo te enseñaré. No me rasgues la ropa ni me trates como siempre haces. ¿Qué sacas destrozándome el vestido?

CALISTO: Señora, el que se quiere comer el ave, primero le quita las plumas.¹⁰ (*La despoja de la ropa.*)

10. Tras haber divinizado a Melibea, Calisto, dominado por el instinto sexual, se muestra ahora impúdico, tanto en sus palabras como en sus acciones. Este joven oscila entre lo sublime y lo grosero.

LUCRECIA: (*Aparte. A oscuras en el jardín.*) ¡Mal rayo me parta, si tengo que seguir aquí escuchándolos! ¿Pero qué vida es esta? ¡Que me esté yo derritiendo de ganas y ella haciéndose la esqui-va para que él le suplique! (*Escuchando con atención.*) Ya parece que se han callado; y al final no han necesitado a nadie que los separe.¹¹ Yo también haría lo mismo, si los necios de sus criados aprovecharan la ocasión durante el día para proponérmelo. ¡Pero esperan que sea yo quien vaya a buscarlos!¹²

MELIBEA: (*Buscando una excusa, para que Calisto no siga adelante.*) Señor mío, ¿quieres que mande a Lucrecia traer algo de comer?

CALISTO: No hay más comida para mí que poseer tu cuerpo y tu belleza. Teniendo dinero, cualquiera puede conseguir comida y bebida cuando y donde quiera. Pero en este huerto tengo algo que no se puede comparar con nada en el mundo, algo que no está a la venta. ¿Cómo se te ocurre que pueda estar un solo instante sin gozar de un tesoro así?

LUCRECIA: (*Aparte. Hastiada.*) Ya me duele la cabeza de tanto escucharlos, pero ellos siguen hablando sin parar y no se cansan de revolcarse ni de besarse. ¡Lo que tengo que aguarar! (*Escuchando en medio de la oscuridad.*) ¡Se han callado! (*Pícara.*) Me parece que a la tercera va la vencida.¹³

CALISTO: Ojalá no amanezca nunca, señora, para que no se acabe el placer y el consuelo que reciben mis sentidos en esta sublime unión con tu delicado cuerpo.

MELIBEA: Señor, yo soy la que gozo. Yo la que gano. Tú, señor, el que entras en mí para hacerme un regalo incomparable.

11. Se trata de un sarcasmo de Lucrecia.

12. Recuérdese que, según Celestina, Lucrecia no debía de ser muy agraciada (véase pág. 114).

13. Forma cómica de expresar que se ha consumado el acto sexual.

(En la calle, Traso el Cojo y sus dos compinches hacen sonar sus espadas sobre los escudos armando un enorme jaleo en el silencio de la noche.)

SOSIA: (Afuera.) ¡Bellacos, más que rufianes! ¿Creéis que nos vais a asustar así? ¡No tenemos miedo de nadie! ¡Esperadme ahí! ¡Os juro que os voy a dar vuestro merecido!

CALISTO: (Dentro del jardín.) Señora, el que está dando esas voces es Sosia. Déjame ir a ayudarle, no vayan a matarlo, que no tiene más apoyo que un pajecillo que está con él. Rápido, dame mi capa, que está debajo de ti.

MELIBEA: (Se levanta y le da la capa.) ¡Ay, triste suerte la mía! (Calisto hace amago de irse, pero Melibea lo retiene.) ¡No te vayas sin la coraza! ¡Coge tus armas!

CALISTO: (Valiente.) Señora, lo que no se hace con espada, capa y corazón no se hace con corazas, cascos y falta de valor.

SOSIA: (En la calle. Traso el Cojo y los dos secuaces vuelven a armar escándalo con las armas.) ¿Otra vez con lo mismo? ¡Esperadme ahí! ¡A ver si venís por lana y vais a salir trasquilados!¹⁴

CALISTO: (En el huerto. Zafándose de Melibea.) ¡Déjame, por Dios, señora, que la escala está puesta! (Calisto trepa por la parte interior del muro apoyándose en un ciprés cercano.)

MELIBEA: ¡Ay, desdichada de mí! Pero, ¿cómo se te ocurre enfrentarte, desarmado y tan a la ligera, a unos desconocidos? Lucrecia, ven aquí inmediatamente, que Calisto se va a meter en una pelea. Aquí están la coraza y el casco, vamos a echárselos¹⁵ por encima del muro.

14. Quiere decir que estaban para hacer daño y pueden salir malparados.

15. ¿Llegó Lucrecia, por orden de Melibea, a lanzar hacia lo alto la armadura de Calisto, en la oscuridad de la noche? Para una interpretación trágico-cómica de este pasaje, véase estudio de la obra pág. 357.

ESCENA IV Los sesos en la piedra

(Calisto está de pie sobre el muro.)

TRISTÁN: ¡Tranquilo, señor! ¡No bajas, que ya han huido! Era Traso el cojo con dos bellacos más, que pasaban por aquí pegando voces. Ya vuelve Sosia. ¡Agárrate, señor, agárrate bien con las manos a la escalera, que no se ve nada!

CALISTO: (Calisto pierde el equilibrio al poner el pie en la escala y cae al vacío.) ¡Oh, válgame Santa María, muerto soy! ¡Confesión!

TRISTÁN: (Desesperado,¹⁶ ante el cuerpo sin vida de Calisto.) ¡Sosia, ven aquí ahora mismo, que el desdichado de nuestro amo se ha caído desde lo alto de la tapia! ¡Ni habla ni se mueve!

SOSIA: (Intentando que reaccione.) ¡Señor, señor! (A Tristán.) ¡No hay nada que hacer! ¡Está más muerto que mi abuelo! ¡Oh qué desgracia tan grande!

LUCRECIA: (Dentro, pegada a la tapia del jardín. A Melibea.) ¡Escucha, escucha! ¡Gran mal es este!

MELIBEA: ¿Qué pasa ahí fuera? ¿Qué están diciendo? ¡Ay, amarga de mí!

TRISTÁN: (En la calle.) ¡Muerto está mi señor! ¡Mi mayor bien se ha despeñado! ¡Oh, triste muerte sin confesión! Recoge, Sosia, los sesos que han salpicado esas piedras y júntalos con la cabeza de nuestro desdichado amo. ¡Oh, funesto día! ¡Oh, azaroso fin!

MELIBEA: ¡Ay, qué desesperación! ¿Qué ha pasado? ¿Qué lamentos son estos que oigo? ¿Qué cosa tan terrible ha podido ocurrir? (Intentando inútilmente escalar el muro con las manos.) Ayúdame, Lucrecia, a subir por la pared. Quiero ver mi dolor; si no, hundiré con alaridos la casa de mi padre. ¡Mi amor y mi placer ya no son

16. Haciendo honor a su nombre, Tristán es un heraldo o mensajero de la muerte, ya que anuncia los momentos más luctuosos de la obra.



más que humo! ¡He perdido mi alegría! ¡Se ha consumido mi felicidad!

LUCRECIA: (*Alzando la voz.*) Tristán, ¿qué dices, mi amor?¹⁷ ¿Por qué lloras con tanta desesperación?

TRISTÁN: (*Fuera.*) Lloro mi gran desgracia. Lloro mis muchos sufrimientos. Mi señor Calisto se ha caído de la escala y ha muerto. Se le ha roto la cabeza por tres sitios. Y ha muerto sin confesión. Dile a su reciente y triste amiga que no espere más a su sufrido amor. (*A Sosia.*) Y tú, Sosia, agárralo de los pies. Quitemos de la calle el cuerpo de nuestro querido amo y llevémoslo a donde no se menoscabe su honra. ¡No necesitamos más compañía que el llanto y la soledad, ni más séquito que el desconsuelo, ni más visitas que la tristeza! ¡Nos cubriremos con la humilde ropa del luto y el dolor! (*Lentamente, los dos criados cargan por las calles de la ciudad, y en medio de la noche, con el cadáver de Calisto.*)

ESCENA V

Nunca se sabe lo que se tiene hasta que se pierde

MELIBEA: (*Desesperada, se tira al suelo.*) ¡Ay, la más triste de las tristes! ¡Qué poco tiempo me ha durado el placer y qué pronto me llegó el dolor!

LUCRECIA: Señora, no te arañes la cara ni te tires más del pelo. La vida tan pronto te llena de placer como de tristeza. ¿Qué planeta cambió tan rápidamente el plan que estaba trazado para ti? (*Intentando animarla.*) Pero, ¿qué corazón tan débil es este? Por Dios, levántate del suelo, que no te oigan, que no te encuentre tu padre en esta situación tan sospechosa. ¡Señora, señora! ¿No me

17. Sorprende este tratamiento afectivo y maternal de Lucrecia hacia el jovencísimo Tristán, a quien reconoce en medio de la oscuridad sólo por la voz.

oyes? No te desmayes, por Dios. Soporta ahora el dolor con la misma fuerza y valentía que antes pusiste para gozar del placer.

MELIBEA: (*Como ida.*) ¿Oyes lo que van diciendo esos mozos? ¿Oyes sus fúnebres cantares? ¡Entre rezos y preces¹⁸ se llevan a mi amor! ¡Muerta llevan mi alegría! ¡No quiero vivir más! ¿Por qué no gocé más del gozo? ¿Por qué estimé tan poco la gloria que entre mis manos tuve? ¡Oh, ingratos mortales, jamás apreciáis el bien que tenéis hasta que os quedáis sin él!

LUCRECIA: (*Conduciéndola hacia el interior de la casa.*) ¡Vamos, vamos, deprisa! Que será mucho mayor la deshonra que caerá sobre ti, si te encuentran aquí fuera, que el placer que sentiste con la visita de Calisto y la pena de verlo luego muerto. (*Dentro de la casa.*) Entremos en tu habitación y acuéstate. Llamaré a tu padre y ya inventaremos algo para justificar el terrible mal que se ha apoderado de ti, y que ya no puedes seguir ocultando.

18. *Preces*: súplicas dirigidas a dios en favor del muerto.